



## XIII.

### MÁS DESDICHAS.

1680-1684.

Bodas reales.—Ataques de los berberiscos.—También los alemanes codician las flotas de la plata.—Los bate el marqués de Villafiel.—Pérdida de la plaza de la Mámora.—Invención de bajeles bombarderos.—Su estreno en Argel.—Nueva guerra con Francia.—Presas de Papachino.—Génova destruida.—Efecto que produce en la opinión.—Hazaña discutida.—Combates de galeras contra navíos.—Corsario digno de fama.—Tregua.



La pluma se desliza perezosamente obligada á trazar uno en pos de otro cuadros de tristeza, sin que de vez en vez interrumpen la serie ráfagas luminosas de las que, en la alternativa que suele constituir la vida de las naciones, hacen llevaderas las adversidades.

Creyérase que las bodas reales, las fiestas con que se celebraba la entrada en Madrid de María Luisa de Orleans, señalaban el principio del año 1680 con piedra blanca, al uso antiguo, á no amargarlas nuevas de inundaciones, huracanes, terremotos, peste y hambre en las provincias; de la aparición de escuadras francesas en Nápoles y Cerdeña haciendo reclamaciones ó pidiendo indemnización de perjuicios, más imaginados que recibidos, por obsequios de la alianza matrimonial; de la disposición de los moros de Berbería, que asaltaron al Peñón de los Vélez y acometieron á Ceuta con fuerzas rechazadas por una especie de prodigio.

Como si fuera poco, vióse en el cabo de San Vicente una



escuadra con bandera no conocida de los marineros, cuya actitud nada menos que amistosa parecía, y era, en efecto, insignia de enemigo nuevo. Durante la guerra de Alemania y Suecia, el elector de Brandeburgo Federico Guillermo <sup>1</sup>, había fundado marina reuniendo los elementos del Ansa. A principios del año 1680 arbolaban la bandera de Brandeburgo 28 naves de propietarios holandeses, dinamarqueses ó de Hamburgo; uno sólo pertenecía al Elector, pero obedecían todos á su inspiración.

Quejoso del Gobierno de España por no haberle reintegrado de los gastos hechos durante la guerra con Francia, dirigió la primera de sus empresas navales contra los estados de Flandes, despachando desde el puerto de Pillau su escuadra, compuesta de seis bajeles y un patache, armada con 165 cañones y 700 hombres.

El 18 de Septiembre encontraron en la mar al navío *Carlos II*. de Ostende, buque de 28 piezas de artillería, que no pudo resistir el ataque inesperado de los alemanes; y envalentonados con la presa descendieron hacia la costa de Portugal, llevando instrucción de apoderarse de las flotas indianas que debían llegar por entonces á Cádiz (*silverflotte*), y de perseguirlas en las Antillas si no daba resultado la espera. Pero lo tuvo inmediato: los alemanes descubrieron buen grupo de velas navegando en dirección del cabo; las cortaron el camino á cañonazos, sólo que los recibieron doblados; porque su inexperiencia en el oficio les hizo confundir á los galeones deseados con los de la escuadra del marqués de Villafiel, procedente de Vigo para escoltarlos. Confesando el error, escribió el almirante Tomás Aldersen que tuvo en la escaramuza 10 muertos y 39 heridos, y que dispersos sus navíos se refugiaron en Lagos, mientras los que constituían su objetivo entraban tranquilamente en Sanlúcar <sup>2</sup>.

La escuadra brandeburguesa continuó por la costa de

<sup>1</sup> Padre de Federico III, que adoptó en 1701 el título de rey de Prusia.

<sup>2</sup> *Brandeburgo. Prusia en la costa occidental de África. Memoria publicada por el Estado Mayor.* Berlín, Mittler und Sohn, 1885. Traducida por D. Saturnino Jiménez. *Revista Contemporánea*, 15 de Abril de 1886, t. LXII, pág. 35.



Africa para instalar colonia en la isla de Arguin, y de allí destacó cinco navíos al mar de las Antillas con no mejor dicha: la *silverflotte* se desvaneció como ilusión fantástica.

Influyó la aventura con las del curso ordinario para enviar á Flandes al almirante Nicolás de Gregorio, conduciendo en los bajeles nuevos del asiento de D. Miguel de Oquendo al príncipe de Parma, escoltado por un tercio de infantería.

Recrudecida en tanto la hostilidad de los berberiscos, en Abril de 1681 atacaron de improviso á la Mámora, plaza tan desprovista y descuidada como las demás; contaba entonces con 160 soldados útiles y hasta 273 pobladores, incluso las mujeres. El alcaide Omar la asaltó de noche con mucha gente, por tres partes distintas; consiguió ganar la torre de San Antonio, y sucesivamente las del recinto exterior en que estaban los pozos; y seguro de la rendición con esto, suspendió el ataque acudiendo á impedir la llegada de socorro, para lo que levantó baterías, dominando por ambos lados el paso de la barra. Aconteció, por mayor desgracia, volarse un depósito de pólvora, muriendo algunos soldados y quedando el gobernador, maestro de campo D. Juan de Peñalosa, con la cabeza y manos chamuscadas, con lo que desmayaron los de la guarnición, y tumultuosamente requirieron á los jefes la entrega al Emperador de Marruecos, que con mayores fuerzas se había presentado ante la plaza, llamado por Omar <sup>1</sup>.

Casi al mismo tiempo murió en una salida de Orán, con la mayor parte del presidio, su Gobernador, dando mucho cuidado en tanto llegó á sustituirle D. Gaspar Portocarrero, conde de la Monclova, con refuerzos de mar y tierra. De todas partes surgían dificultades y preocupaciones, no siendo escasa la de la guerra del turco, que amenazaba otra vez á Europa con el ejército inmenso con que había entrado por Hungría. Gracias á que fuera momentánea la que dieron 17 navíos de Brandeburgo y Dinamarca, volviendo al olor de la

<sup>1</sup> Procesados el maestro de campo Peñalosa y capitanes á sus órdenes, después de tres vistas fueron absueltos con nota de buenos soldados. Refiere extensamente la capitulación D. León Galindo y de Vera en la *Historia de las posesiones en la costa de África*.



*silverflotte* (1682), por la prontitud con que los desalojaron las escuadras de Papachino y del marqués de Villafiel<sup>1</sup>. Francia nos procuró diversión ó pausa hacia el Mediodía, por la jornada con que se propuso castigar en los argelinos las pira-terías cometidas en buques de súbditos suyos, ensayando un invento de que había de hacer adelante frecuente aplicación.

No era misterio que el puerto de Argel, tal como estaba defendido después de los tiempos de Barbarroja, con muelle exterior, sobre el que en toda la extensión corrían baterías rasantes abovedadas, era inexpugnable á los bajeles. Por ello el fracaso de cuantas escuadras europeas lo habían amagado y la soberbia de los Deys, fundada en la persuasión de poder ofender y retar impunemente á los principes cristianos. Un ingeniero vasco-francés, Bernardo Renau Elisagaray, designado vulgarmente Petit-Renau por la exigua estatura, concibió la idea de emplear los fuegos curvos; es decir, las bombas lanzadas con morteros, que de tiempo atrás se usaban en el asedio de las plazas, para destruir las naves del puerto y las casas de la ciudad, ocultas detrás de los espesos muros de granito. La dificultad consistía en discurrir los medios de poner á flote el disparador, el mortero; de construir embarcación de suficiente resistencia al disparo, sin perjuicio de las condiciones requeridas para la locomoción; dificultad que no supo vencer D. Juan de Austria en el sitio de Barcelona; pero contra la que Elisagaray fué más feliz, dirigiendo la fábrica de cinco, que resultaron sólidas y marineras. Eran menores que los bajeles ordinarios, de fondos macizos, con asiento de mampostería hidráulica para los morteros; un palo con vela cuadra al centro, y otro con mesana latina; llamólas galeotas bomberas (*galíotes à bombes*), y dispuso en cada una dos morteros y cuatro cañones.

Tuvo encargo de experimentarlas el almirante Duquesne, abrigándolas con su escuadra y haciéndolas remolcar por galeras hasta el sitio á propósito donde empezaron á funcionar

<sup>1</sup> *Colección Sans de Barutell*, artículos 3.º y 4.º, núm. 1.578. Con este motivo salió también á la mar la escuadra de Guipúzcoa, al mando de D. Millán Ignacio de Iriarte.



en la noche del 9 de Agosto (1682), enseñando á los argelinos el terrible efecto de un arma que, si entonces tenía justa aplicación, mil veces ha vengado posteriormente en poblaciones inofensivas actos de que eran inocentes.

Segunda vez se presentó el Almirante francés en el verano siguiente, aumentadas á siete las máquinas destructoras que despidieron sobre la perla de Berbería 3.500 bombas y 130 proyectiles con mixtos inflamables, dejándola bien cambiada.

Nuestras fuerzas navales se hallaban por entonces en Gaeta, al tanto de los movimientos de las de Turquía <sup>1</sup>, con importante variación en el personal. Falleció este año el marqués de Villafiel, gran pérdida, y había sido nombrado en propiedad capitán general de la Armada del mar Océano el conde de Aguilar <sup>2</sup>, que á poco recibió órdenes de concentrar á los navíos en Cádiz para atender á otras necesidades, no de las que causaran sorpresa, bien entendido. Enrique IV, el belicoso rey de Francia, solía decir «que no había cosa que mereciera pensarse tanto como una declaración de guerra» <sup>3</sup>; su sucesor Luis XIV la tenía siempre pensada; conocidas la flaqueza de España y las condiciones del que la regía, encaminábanse los cálculos de su política á despojar á éste ó á heredarle. Las paces de tiempo en tiempo estipuladas, los convenios de alianzas matrimoniales, marcaban períodos de espera ó de preparación, sin desviar un punto la mira.

Ahora, suficientemente dispuesto, volvió á invadir los estados de Flandes, obligando á la Corte de Madrid á la declaración de represalia (26 de Octubre 1683), cualesquiera que fuesen las consecuencias, y no se hicieron esperar: invadida Cataluña, sitiada Gerona, rendida en el Norte la fortísima plaza de Luxemburgo, que era de momento la presa codiciada.

En nuestras aguas no hubo ocurrencia notable, por no visi-

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 3.º

<sup>2</sup> Don Rodrigo Manuel Fernández y Manrique de Lara, conde de Aguilar y de Frigiliana. Se le expidió el título en 2 de Mayo de 1683.

<sup>3</sup> *Mémoires du Duc de Sully.*





tarlas las escuadras francesas; el almirante Papachino, que cruzaba en el estrecho de Gibraltar con seis bajeles, apresó en combate á uno de aquella nación que navegaba suelto, á otro argelino de 40 cañones, y á un convoy de seis holandeses mercantes, conductor de piezas de arboladura y jarcia con destino á Tolón <sup>1</sup>. Esto fué todo, fija la atención más al Oriente.

Nunca dejaron de tener en la memoria los franceses el acto de Andrea Doria, separando con su persona á la Señoría de Génova del protectorado antiguo, para colocarla bajo el de España. Quisieron en tiempos de Francisco I vengar la decepción por manos de Barbarroja, abriendo á los turcos las puertas de tierra <sup>2</sup>; procuraron en los sucesivos hacer daño á la República con las armas y las insidias interiores, y se recrearon llegado el caso en que por decadencia marítima de la Serenísima y abatimiento del imperio de Carlos V tenía que ser la protección nominal, más que efectiva. Luis XIV negoció la sustitución por medios persuasivos que no tuvieron eco en la conciencia de los senadores; y no deteniéndole escrúpulo ni consideración opuesta á su voluntad, con desprecio del derecho público encarceló en París al Embajador de la República, y con pretextos parecidos á los del apólogo de Esopo, echando en cara al Gobierno la falta de no haber saludado las baterías á las galeras de Francia entradas en el puerto de Génova; haberse permitido el pueblo frases injuriosas al concepto del gran Rey, y, sobre todo, haber armado *cuatro galeras*, dando con ellas á las fuerzas navales de la Señoría un refuerzo *inquietante*, sin ninguno de los actos públicos con que la diplomacia y la chancillería suelen disimular los propósitos brutales de la guerra, se presentó ante la ciudad, en 17 de Mayo (1684), el almirante Duquesne, gobernando armada de 14 navíos, 19 galeras, 10 bombardas, 2 *brûlots*, 8 transportes y 97 tartanas y embarcaciones menores. Entrando en són de paz, con saludo á la plaza, que fué

<sup>1</sup> Relación impresa en Madrid. *Gaceta de Bruselas*. Cédulas satisfactorias. *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, núm. 342.

<sup>2</sup> *Vide* en esta historia, t. I, pág. 221.



devuelto, pudo el Almirante situarse en el fondeadero como mejor le pareció.

El día siguiente, pasando á bordo una comisión del Senado al desempeño de los deberes de hospitalidad, escuchó de boca del marqués de Seignelay, ministro de Marina del Rey de Francia, la explicación de la visita, reducida en pocas palabras á la intimación de entrega de las cuatro galeras mencionadas y viaje á París de cuatro senadores que se humillasen ante la majestad del Rey, en la inteligencia de tener plazo de cinco horas para decidir si á éstas y á las demás condiciones de sumisión preferían el bombardeo de la ciudad.

Estupefactos los señores del Gobierno, no se intimidaron, sin embargo, ante la indignidad, sino que dispusieron acudir á la gente á las baterías y respondiera á la agresión con ánimo varonil, reparando en lo posible el efecto de las bombas, lanzadas cuatro días seguidos, con sus noches, hundiendo é incendiando casas, palacios, iglesias y conventos de la hermosísima capital, la ciudad de mármol; acto vandálico contra el que el Dux protestó ante el mundo civilizado en manifiesto público, y acto inútil, además, contra la entereza de los defensores, no abatida con el estallar de 12.300 proyectiles incendiarios.

Lo que no se atrevieron los franceses á intentar en la bárbara Argel pretendieron en Génova, desembarcando infantería por dos puntos; uno del lado de Bisagno con carácter de falso ataque; otro por San Pedro de Arena, donde asaltaron tres columnas sólidas sostenidas por el fuego de las galeras y embarcaciones menores, consiguiendo incendiar el arrabal, pero teniendo que reembarcar precipitadamente con abandono de material y no escasa baja de personas. La defensa fué obstinada, y contribuyeron el tercio de españoles de D. Francisco de Córdoba y los de Nápoles y Lombardía, enviados por el Gobernador de Milán <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En memoria del suceso se acuñó hermosa medalla de 60 milímetros, que presenta en el anverso el busto de D. Juan Tomás Enriquez de Cabrera, conde de Melgar, almirante de Castilla, con leyenda: IO THOM, HENRIQ. CABRERA E TOL, CO, MELGAR, PRO. HISP. REG IN INSVB. IMP. En el reverso la escuadra francesa bombar-



La indignación que produjo en Europa el suceso se tuviera por exagerada cual la expresan las referencias escritas en España y en Italia <sup>1</sup>, si autores franceses no excedieran en los términos de la apreciación. «Causó deplorable efecto moral, ha escrito uno de los modernos historiógrafos <sup>2</sup>; en los arranques de la impresión general se calificaba á Luis XIV de gran turco de los franceses, toda vez que, después de hollar el derecho de gentes, pisoteó á la civilización y aun á la humanidad.»

«La indignación no tuvo límites, dijo otro <sup>3</sup>, y los motivos que impulsaban á Holanda, al Imperio, á España, á varios de los electores, á fundar la liga de Augsburgo se acrecentaron. Y lo más sensible del injusto ataque fué que muchos de los mercaderes franceses que habitaban en Génova quedaron arruinados ó sufrieron las iras del populacho. El estrago de las bombas parece increíble; hay relaciones que lo hacen pasar de cien millones.»

Por conclusión, un autor que debe considerarse imparcial ha sentado <sup>4</sup>: «No es frase retórica la de que Europa entera se conmovió en favor de Génova, ni abultada la estimación de que desde el instante declinó el poder de Luis XIV, señalado por la opinión en todas las gacetas como nocivo á la tranquilidad pública..... En Francia misma disgustó el acto brutal de Seignelay, y el Rey, que curaba de la opinión más de lo que generalmente se cree, se arrepintió de haber entrado por mal camino. Después de todo, el honor militar de la República quedó á salvo, porque dentro de la ciudad no entró ningún francés á no ser prisionero.»

deando á Génova y el ejército español acudiendo al socorro, con inscripción: PROVIDENTIA ET FORTITUDINE IANVA SERVATA.

<sup>1</sup> Varias relaciones se imprimieron en Madrid que no difieren de las publicadas en las gacetas de Bruselas y de Amsterdam. El historiador genovés Casoni ofrece en la suya la autoridad de testigo de vista. «No tiene este género de guerra (dice una) nada que de verdadero valor se pueda señalar. No va directamente contra la fortaleza de las plazas, sino contra los tejados.»

<sup>2</sup> Mr. Henry Martín.

<sup>3</sup> Mr. Sue, *Histoire de la Marine Française*.

<sup>4</sup> El Sr. A. V. Vecchi, *Storia generale della Marina militare*.





Por materia distinta aunque relacionada con el bombardeo, cuenta un historiador francés, de que repetidamente tengo hecho mérito <sup>1</sup>, un episodio tan bien iluminado con su estilo especial, que ha persuadido á los no peritos de ser «uno de los hechos más grandes de los anales marítimos» <sup>2</sup>. Válgome, pues, de sus palabras al transcribirlo, por temor de que pierda con las mías algo de su brillantez.

«El capitán de Relingues, con sólo el navío *Le Bon*, que mandaba, se vió sorprendido por la calma, cerca de la isla de Elba. Treinta y cinco galeras españolas salieron entonces de Génova. Su almirante destacó 12 para atacar á Relingues. Duró el fuego por una y otra parte cinco horas, sin que ninguna de las galeras *podiera ó supiera* abordar al *único* navío francés: tanto el capitán se servía bien de sus cañones y morteros. Asombrado el almirante español de una defensa tan rigurosa y pertinaz, mandó avanzar al resto de las galeras. Relingues no se impresionó por ello; sostuvo el nuevo esfuerzo con intrepidez inaudita. Al fin, levantándose viento, escapó á sus numerosos enemigos y se retiró gloriosamente á Liorna.»

Nunca he puesto en duda la veracidad de Mr. Guérin; ¡asi tuviera motivos para colocar en la misma altura algunas otras de sus condiciones de historiador! La presencia de las galeras en Génova está comprobada con las órdenes de marcha y reunión <sup>3</sup> y con la noticia de la llegada <sup>4</sup>. Eran 27, á saber: cinco de la escuadra de España, ocho de Nápoles, tres de Sicilia, dos de Cerdeña, siete del duque de Tursi, más tres galeotas y dos barcos largos. Salieron á recibirlas fuera del puerto, y se incorporaron ocho de la Señoría; total, 35: el mismo del historiador francés. Pasado tiempo, salieron en dirección de Portolongone las de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, es decir, 13, quedando en Génova las del duque de Tursi

<sup>1</sup> Mr. Léon Guérin, *Histoire maritime*, t. III, pág. 393.

<sup>2</sup> Mr. Henry Martín.

<sup>3</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.588.

<sup>4</sup> *Gaceta de Bruselas*. Agosto, 1884.



para seguir las <sup>1</sup>. Es posible, aunque no he visto de ello constancia, que las primeras descubrieran al navio *Le Bon* encalmado, y aun que llegaran las otras y tomaran parte en el cañoneo; pero ¿qué habría en la acción y en el resultado de inaudito? Mr. Guérin advierte en su *Historia* <sup>2</sup> que el navio único, *Le Bon*, montaba 54 cañones, que es tanto como decir tenía tres baterías y elevación consiguiente de costado. Sabido es el que tenían las galeras rasas, abiertas, sin defensa más que en la proa, relegadas á la condición de embarcaciones auxiliares, como el propio Mr. Guérin reconoce en otros pasajes de su obra. ¿Qué mérito habría entonces en afrontar el ataque de un número más ó menos grande? Algunos ejemplos lo demostrarán.

El año 1670, navegando el marqués del Viso con tres galeras de su escuadra por la costa de Valencia, descubrió navio sospechoso, al que dió caza. Era polacra argelina, armada con seis cañones largos de bronce y cuatro pedreros. La atacó con decisión, consiguiendo rendirla al abordaje; mas ¿á qué costa? Las tres galeras resultaron destrozadas en los cascos; murieron el teniente general D. José Fajardo, el piloto real y 26 marineros y forzados, quedando heridos 70, incluso el marqués. Cien hombres de baja por un pirata de mala muerte.

En 1679 encontraron siete galeras de la escuadra de Génova á dos bajeles berberiscos, de 40 cañones, en el cabo de Gata. Había calma, y como las circunstancias favorecían á las embarcaciones de remo, se determinaron al ataque, haciéndolo con buen entendimiento por la enfilada: no obstante, las siete recibieron mucho daño; en los buques contaron 22 muertos y 64 heridos, y los argelinos se fueron lindamente. Llamábase el jefe de la escuadra Francisco María Voto <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Gaceta de Bruselas*. Agosto, 1884.

<sup>2</sup> Tomo III, pág. 288.

<sup>3</sup> Por ejemplo en contrario, el 8 de Marzo de 1657 salió de Cartagena la galera Capitana del duque de Tursi, al mando de Próspero Esperón. Llegando sobre Denia, descubrió á una carabela de moros; hizo ésta señal, y acudieron otras cinco



Tal era y debía ser el resultado en combates tan desiguales; y se comprende que en presencia de navío mayor, de navío de guerra francés de 54 cañones, no pasara la acción de guerra galana con las piezas de crujía no porque no *podieran* ó *supieran* abordar los de las galeras, sino por *no querer* hacerlo, en lo que obraban cuerda y marineramente. Lo sorprendente, notable y digno de anotarse en los anales marítimos, es que galeras pudieran y supieran apoderarse de navíos teniendo que trepar al abordaje por las entenas, como ocurrió con las fragatas francesas la *Gracieuse*, de 24 cañones, y la *Madonna del Popolo*, de 40, en la guerra de Mesina, y con las que en la campaña de Cataluña tomaron D. Juan de Austria, el duque de Alburquerque y D. Fernando Carrillo, de que nada dice Mr. Guérin, pensando quizá que no valen la pena de figurar en su interesante historia, ni de compararse con la grandiosa escena de *Le Bon*, coloso entre pigmeos.

Á un cronista de los tiempos de la Reconquista interpeló cierto crítico, observando que, según su escrito, en las batallas vencían siempre los cristianos: «¿No ocurrió nunca que ganaran los moros?», se atrevió á preguntar. «Diré á usted—respondió el autor;—eso, que lo averigüen ellos.»

La escuela no me seduce; precisamente por no haber en nuestros papeles rastro, he de propalar otra de las hazañas referidas por Mr. Guérin <sup>1</sup>, entre tantas con que despierta la admiración y la envidia de los mortales.

«Érase un corsario de Bayona, de nombre Croisic, que traía atemorizada á la costa de España; volviendo de crucero, falto de aguada y viveres, determinó proveerse en cualquier lugar, de grado ó por fuerza. Surgió ante un pueblo importante de Galicia [el nombre no estuviera de más] y demandó de *los alcaldes* autorización para llenar la barrilería, ofreciendo retirarse *incontinenti* sin causar la menor molestia. Consintieron, y bajo su palabra envió á tierra la lancha con

que con la primera combatían á la embarcación de remo, y habiéndose defendido hora y media, tuvo que rendirse, muerta ó herida la mayor parte de su gente.—Relato en la Academia de la Historia. *Colección Salazar*, K, 40, fol. 333.

<sup>1</sup> Tomo IV, pág. 9.



ARMADA ESPAÑOLA.

25 hombres; pero los españoles los recibieron descargando 500 ó 600 mosquetes, que, por fortuna, no mataron más que á dos bayoneses. Croisic no perdió un instante en vengarse de semejante perfidia: echó dos lanchas al agua, desembarcó con 80 hombres y marchó derecho á una trinchera que había en la playa, dando á su gente orden de no disparar sino á boca de jarro. Detrás de la trinchera estaban 300 infantes sostenidos por 30 jinetes que mandaban á las milicias, reunidas al toque de campana. La gente de Croisic aguantó la primera descarga sin responder, y atacando impetuosamente la trinchera mató 24 enemigos, hirió á 50, tomó 40 prisioneros y persiguió al resto de la tropa con furia tal, que los jinetes españoles, sin tiempo de organizarse, abandonaron las armas y las monturas [sin duda para correr más]. Los vencedores ganaron seguidamente el burgo y se disponían á incendiarlo, á no ablandarles los ruegos y lágrimas del cura, mujeres y niños. Croisic acordó perdón generoso á condición de que se comprometieran, mediante *tratado*, á proveer á los franceses que llegaran de arribada forzosa de cuanto hubieran menester. Después del convenio con que el corsario dió á sus enemigos ejemplo de moderación y de justicia, reembarcó Croisic y volvió gloriosamente á Bayona.»

Volvamos también por nuestra parte á lo positivo. Satisfecho Luis XIV de momento con las ventajas conseguidas en la breve campaña de 1683-84, brindó á España con adhesión á la tregua por veinte años negociada con Holanda y el Imperio, á condición de quedar en posesión de Luxemburgo, y aceptóse, ¡cómo no!, suscribiendo el Tratado de Ratisbona.

---